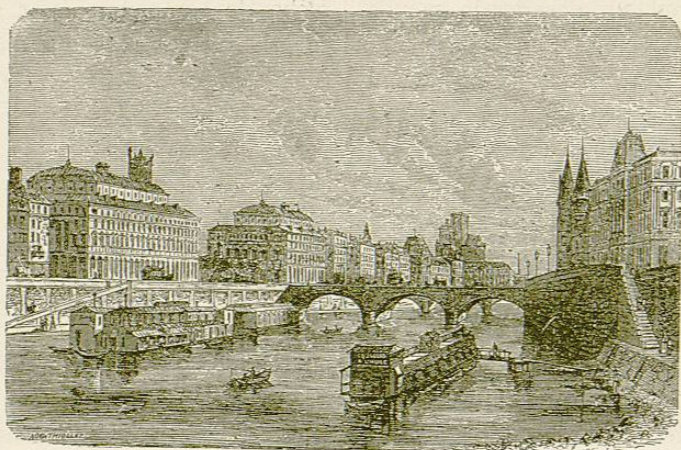


instituciones modernas que la Acta de mediación había puesto en su suelo, bien que la Restauración hizo cuanto pudo para destruir, desde su nacimiento, esos nuevos vástagos de la libertad política.

»Esos cantones encerraban una generación más joven, que ignoraba esas diferencias entre ciudad y campiña, lo mismo que la existencia de legisladores y gobernantes vitalicios; érales imposible volver á instituciones anteriores, puesto que no tenían un pasado que remontase á épocas remotas. Sin embargo, conforme á los avisos que les daban las potencias, y á consecuencia de los consejos y recomenda-

ciones que les dirigía el gobierno de Zurich, habíanse visto obligados á poner sus constituciones en algunos puntos en conformidad con las constituciones de los cantones aristocráticos. El efecto producido por esa aproximación fué tal, que «esos nuevos cantones se hicieron viejos á los pocos años,» y que los mecanismos de sus instituciones representativas se enmohecieron completamente, como había ya ocurrido en los Estados constitucionales de Alemania.

»Introdujose en todo los cantones el mismo sistema uniforme, pero muy complicado relativo á la composición de su Gran Consejo; los miembros de



Paris: El Puente de los Cambios

ese cuerpo eran elegidos, en parte, directamente por los círculos y por los distritos, y en parte, indirectamente por comisiones electorales, compuestas de una manera muy artificial, y sobre la formación de las cuales ejercían los gobiernos por todas partes una influencia decisiva. Esta organización que se imponía á los cantones, daba á la representación de cada uno de ellos un sabor esencialmente aristocrático; en varios de entre ellos, como en el Cantón de Argovia, el Gran Consejo tenía que completar una parte de sus miembros eligiéndolos él mismo.»

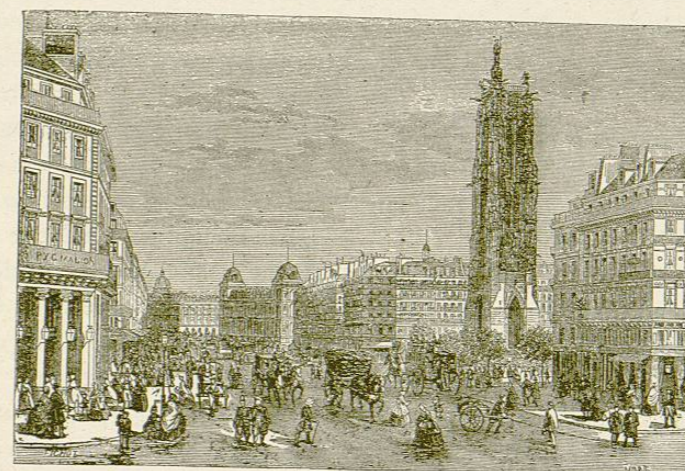
»Cuál era la importancia de esta dominación de los ricos, es lo que los pobres no tardaron á aprender á expensas suyas en el reparto desigual de las cargas del Estado, en virtud del régimen arbitrario que reinaba en las expropiaciones y por otras vejaciones de las cuales eran, llegada la ocasión, las víctimas. En efecto, se carecía de todo medio de intervención eficaz sobre las autoridades gubernamentales; la libertad de la prensa no existía en ninguna parte; en ciertos cantones, no se tenía ni el derecho

de petición; las asambleas de los cuerpos legislativos no eran públicas, y hasta los debates de esos últimos no recibían una publicidad bastante notoria.»

Este estado de cosas hubiera podido modificarse si en Suiza, más que en otras partes, hubiese existido el espíritu liberal vivo y enérgico, pues para ella llegó en virtud de su propia Constitución la época de la reforma constitucional, pero lo mismo en Friburg en 1824, que en los Estados más adelantados,—1825 y 1826,—ó se dejó pasar el plazo sin hacer nada, ó por lo contrario se declaró, que se estaba muy bien con la Constitución vigente y que no deseaban gozar en lo venidero de otra nueva. Esto nos indica que el espíritu de la época reaccionaria y pesimista pesaba sobre Suiza como en todas partes, y si ahora nos detuviéramos en examinar lo que era su organización administrativa, lo que era su poder judicial y en qué estado se encontraba la instrucción pública, veríamos tal vez hasta con sorpresa reaparecer las mismas cuestiones que hemos examinado al tratar de la Confederación germánica. El quietismo reinaba en Suiza como en Austria y Alemania.

Sin embargo, «á pesar de esta atmósfera espesa en la Iglesia, en las escuelas y en las oficinas, se encontraba en Suiza, la saludable influencia que ejercía, naturalmente, la independencia republicana; en los círculos privados y entre algunas capas de la sociedad, había todavía una cierta fuerza vital y un cierto calor que contrabalaceaba el enervamiento de los espíritus. Bastaba, pues, que un impulso cualquiera dado por otro país en Europa, viniera á aumentar por poco que fuera esta fuerza para destruir el equilibrio y dar preponderancia al espíritu liberal.

«Poco había de importar que se sirvieran del poder del Estado para encadenar involuntaria ó intencionadamente las fuerzas industriales: la actividad republicana, el trabajo doméstico y la solicitud de los particulares por la prosperidad pública colocaban, sin embargo, á las clases industriales en el primer puesto. Verdad es que la influencia de los jesuitas se extendía sobre las escuelas, difundiendo el oscurantismo con su malsana influencia; sin embargo, en ciertos cantones como Basilea y Ginebra, en algunos establecimientos y gracias á algunos esfuerzos individuales de Pestalozzi, de Felleberg y de sus



Paris: Calle de Rivoli

partidarios, la instrucción pública no se levantó por esto con menos vigor. Las falsas conjeturas de la Restauración habían sido, á la verdad, causa de que los veteranos de la época humanitaria y democrática hacia últimos del pasado siglo, se encontraran relegados al último plan; empero, todos esos hombres ejercían su influencia todavía sobre la actual generación. Entre ellos se encontraban Pestalozzi, Zschokke, Bonstetten, Laharpe, Pictet y Decandolle, Dumond y Sismondi, Esche y Pablo Usteri. Desde el establecimiento de la república helvética, había asistido este último á todas las transformaciones de esos tiempos llenos de vicisitudes, tomando en ellos una parte activa. En el actual momento encontraba todavía en la primera fila de aquellos que ayudan á su patria á salir de los tiempos de reacción; era el jefe de esta joven generación de hombres liberales que no cesaban de continuar la lucha en favor de las ideas de esta época anterior, y que querían obtener una cultura intelectual más elevada, la libertad de la prensa, una unión nacional más sólida y la igualdad de derechos de todos en

vez de los privilegios reservados al pequeño número.

»Enseñábanse en todos los cantones ilustrados con orgullo á los hombres que se distinguían en todas las ramas de las ciencias prácticas y teóricas, á los hombres que se elevaban por encima de la pesada atmósfera de esta época. Encontrábanse en Basilea al lado de hombres como Bernouilli, Schnell y Hagenbach al lado de extranjeros como Welte, Snell y Jung; en el Cantón de Vand, había los Monnard, los Vinet y los Charpentier; en Ginebra, los Prevost, los Rigaud, los Odier y los Rossi; en Lucerna Eduardo y Casimiro Pfyffer; en San Gallo, Gonzenbach, Baumgartner y Müller-Friedberg, el menor; en Zurich, en fin, las familias Hottinger, Hirzel, Ozelli, Escher y Voegeli, antiguos mantenedores de la gloria científica.»

Dicho se está, pues, que esos hombres ilustres esparcidos por todos los cantones, habían de alentar el espíritu de la nueva generación y, en efecto, los «partidarios de la joven libertad» luchaban en todos los cantones para la transformación política y so-

cial de Suiza. En Zurich, Fernando Meyer, Hess, Finsler menor, Ulrich y otros acabaron por penetrar en el Gran Consejo, en los tribunales de bailía, valiéndose luego de su carácter oficial para presentar desnudas las llagas y vicios de la administración, de los tribunales y de la Constitución de Suiza.

Fué á su impulso debida la resurrección, digámoslo así, de la Sociedad helvética, desde 1814 rendida á la pesadumbre de tantas ruinas y cohibida por tantos enemigos de la libertad, y fué en su seno en donde los Orelli, los Troxler y los Eduardo Pfyffer fueron á pronunciar sus patrióticos y liberales discursos de 1820 á 1827 contra la política de la Restauración. A su ejemplo despertó el sentimiento liberal en todas las sociedades suizas y de ellas paso á las asociaciones de tiradores, á las de coros y en fin á la de estudiantes de Zofingen. «Estos últimos no se parecían en nada á la juventud de las universidades alemanas que se perdían en medio de nebulosos idealismos, ó se abandonaban á placeres necios y estúpidos. Por lo contrario, los estudiantes suizos, querían anudar relaciones amistosas entre todos sus condiscípulos, cualquiera que fuera su Cantón, preparándose para sus funciones futuras y para la vida práctica por medio de una instrucción nacional seguida en común.»

Compréndese que en donde ese movimiento de expansión y de libertad se dejó primero sentir con fuerza fué en los cantones industriales, en donde la concentración de la población favorece la difusión de los conocimientos y de las ideas. Los cantones nuevos habían igualmente de secundar un movimiento que respondía á sus tradiciones, y luego los antiguos cantones democráticos de Suiza prestaban el concurso de sus energías á una agitación que acabó por imponerse cuando la cuestión helénica sacudió á Europa de su letargo y organizó su centro de propaganda en Ginebra. Desde este momento fué acentuándose el movimiento liberal y político, y cuando en Francia á la caída de Vilelle restauróse la libertad de pensar, de escribir y de hablar, como si la victoria del liberalismo francés hubiese sido una victoria del liberalismo suizo, en todas partes las sociedades artísticas, científicas y literarias acentuaron su carácter político y fué desde entonces, desde el discurso de Zschokke en el seno de la Sociedad helvética,—1829,—cuando esta sociedad volvió á recobrar todo su prestigio.

Zschokke dijo «quiero pronunciar un discurso que resuene del Jura al San Salvatore, del Kamor al Saleve,» y para que esta resonancia fuera efectiva denunció á la nación y á los gobernantes la

oposición en que estaban, pidiendo que se estableciera una unión más íntima entre los deseos de la nación y la conducta de los gobiernos por medio del orden legal y de la publicidad. «A este discurso siguió una proposición que transformaba en sociedad política la sociedad helvética, proposición que no había pasado en 1821 y que ahora fué casi aprobada por unanimidad. Los tiempos, pues, al acercarse la revolución de 1830, habían cambiado en Suiza como en todas partes.

En efecto, en la mayor parte de los cantones la agitación era extremada lo mismo en favor de la revolución cantonal, que en favor de la federal. En el Cantón de Vaud, el patriarca de la revolución helvética, Laharpe, dirigió el movimiento, que apoyaban ya todas las clases, pidiendo la revisión liberal de la Constitución del Cantón; en Lucerna se trató de constituir un Tribunal Supremo, y además se publicó, sobre el régimen político, administrativo y económico del Cantón, una memoria oficial tan franca, que causó en toda Suiza la mayor sensación. En 1828 el Gran Consejo de Argovia rechazó el concordato que el año anterior había formado el gobierno con la curia, y si este triunfo estuvo á punto de producir un levantamiento del pueblo, cuando, á los pocos meses, la habilidad de la curia romana hizo pasar el concordato que había celebrado con los demás Estados católicos, costó grandes esfuerzos contener al pueblo, que no podía pensar en tal decepción. Pero si se dominó el movimiento de indignación pronto á estallar, no se contuvo por esto la agitación popular, que fué, por el contrario, creciendo de día en día. En los cantones del Este la agitación constitucional crecía en Schafouse; en Thurgovia el pastor Bornhauser de Mazinger predicaba la rebelión; en las Rhodas interinos del Cantón de Appenzell se aprobó ya en 1829 una modificación constitucional que atribuía á la Asamblea nacional del Cantón la iniciativa en cuanto á los negocios que habían de someterse á sus deliberaciones, lo que en vano reclamaban los cantones de la frontera alemana. En el Cantón de San Gallo fué el mismo gobierno quien propuso tal reforma, consiguiendo de esta suerte quedarse también para sí el derecho de presentar mociones al Gran Consejo. Zurich se dejó con este ejemplo convencer, y en 18 de Febrero de 1830 introducía también esta reforma.

Como si este movimiento circular hubiese de ahogar los cantones centrales, núcleo de la reacción, Lucerna, no queriendo morir ahogada, como no la impulsara también su rivalidad con Berna, fué la primera en revisar su Carta constitucional y en

poner su nueva Carta á la altura de las de los nuevos cantones,—6 de Junio de 1829.

Maggi, miembro del Gran Consejo del Tessino, arrastrado por el ejemplo de Lucerna, presentó en Junio de 1829 una moción relativa á la revisión de la Constitución. Quadri, el dictador, se vió desde luego abandonado por todo el mundo; empero quiso reprimir el movimiento, más los representantes de la ciencia, Francini, la Prensa y las autoridades comunales de Lugnano se declararon por Maggi, y ante oposición tan formidable, el Consejo de Estado vióse obligado,—Junio de 1830,—á presentar á la aceptación del país un proyecto de Constitución que señaló la inauguración de un nuevo orden de cosas. Por este proyecto de revisión el Consejo de Estado perdía un voto en el Gran Consejo, y vió sus funciones reducidas á cuatro años; además se declara-

ron públicas las sesiones del Gran Consejo, cuyos miembros eran elegidos directamente por el pueblo, estándoles prohibido aceptar cargos retribuidos, como no fueran comunales. Así, este movimiento reformista, en su movimiento circular, volvió al Cantón de Vaud, en donde la irreprochable conducta del gobierno hacía, hasta por atenciones á él, difícil la revisión; ésta se hizo también al fin,—Mayo de 1830,—habiendo sido igualmente el Consejo de Estado el que propusiera la anulación del colegio electoral y la reducción á seis años de la duración del Gran Consejo.

Así, pues, no tiene nada de extraño que un hombre como Bonstetten, atento á lo que pasaba en Francia y en su patria, escribiera por este tiempo á Zschokke,—primeros de Julio de 1830,—que

«Europa había ya llegado á su quinto acto.»



Hohenzollern

